



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	001: DOCEENCIA
CAJA	001
EXP.	015
DOC.	0007
FOJAS	78-93
FECHA (S)	1952

Curso de 1952.

V

1°.- Prosigamos esta noche, evocando o recordando, un poco de his-
toria. Nadie ignora que en el pontificado de León X dió el alto Renacimien-
to sus mejores frutos , más sazonados y espléndidos. Nadie ignora tampoco
que se produjo entonces algo que iba a debilitar dentro y fuera de la Igle-
sia el espíritu propiamente renacentista , o al menos, a transformarlo, lle-
vándole por otros caminos más en armonía con las nuevas tendencias que iban
surgiendo en el horizonte histórico. Me refiero, no es menester decirlo, al
movimiento religioso protestante, surgido en aquellos años en Alemania.

En los primeros momentos, parecía que se trataba de una simple
protesta contra la mundanización y cierta paganización humanística de la I-
glesia, (la que vimos sucintamente en la última lección), pero no tardó mu-
cho en verse que iba bastante más lejos, que tenía mayor trascendencia, pues
aparecieron puntos de vista teológicos desidentes del dogma, tales como la
negación del culto a la Virgen y a los Santos; la cuestión batallona de la
salvación del alma por la gracia y las obras, etc; al mismo tiempo, la polí-
tica y las ambiciones de los principes alemanes, sus disputas con el emperã
dor Carlos V y el papado, contribuyeron a la desidencia; y, en fin, como sos-
tiene Menendez y Pelayã, se trataba, además, tal vez, de un nuevo choque en-
tre el pensar y sentir de los pueblos de sangre gérmanica y aquellos otros
que contribuyeron a formar lo que se ha llamado la cultura mediterránea o
greco-latina, aunque éste último nombre no sea del todo exacto, ya que en é-
sa cultura no dejan de intervernir ingredientes orientales, comenzando por
el cristianismo mismo en esus orígenes. Tienen no escasos enlaces en la his-
toria Oriente y Occidente.

2°.- Admitiendo como cierto ese nuevo choque entre los pueblos del

Norte y Sur de Europa, habrá que reconocer en ese caso que de él ha surgido la Europa moderna y buena parte de su cultura. Coincidiendo con él, en el mismo lapso de tiempo en que tiene lugar, vemos aparecer el nuevo estilo: el barroco, lo cual hace sospechar, con fundamento, que sea una consecuencia, o mejor dicho, que tenga una última raíz común con ese cambio de tono espiritual, en una palabra, con el desasosiego, con la inquietud espiritual, en que se generaron las nuevas corrientes religiosas y las nuevas tendencias del pensamiento.

Ante la actitud agresiva de los protestantes, tuvo la Iglesia que reaccionar energicamente, pues se hizo cuestión de vida o muerte para ella. De esa manera surgió en su propio seno la Contrarreforma, que obedeció a los dictados del Concilio de Trento. Y, precisamente, el arte barroco sirvió en buena parte de instrumento en la propaganda del catolicismo reformado.

No quiere decir esto que yo me acoja a la suposición de Warner Weisbach según la cual el barroco es pura y exclusivamente, o casi pura y exclusivamente, el arte de la Contrarreforma. No. Su acción es más extensa y abarca también el campo protestante. Caso típico de artista barroco fué Rembrandt, holandés y protestante. Y lo mismo puede decirse de los grandes arquitectos que en tierras protestantes construyeron palacios barrocos de reyes, príncipes y grandes señores, etc.etc. Si bien el catolicismo reformado por Trento se sirvió maravillosamente del Barroco, éste está lejos de haber servido a un solo amo. Mas es cierto, y de ahí ha podido surgir la confusión, que el arte barroco tuvo más auge y riqueza en su floración dentro del orbe católico que no en el protestante; y que, si bien el barroco religioso no tiene importancia en el campo de la Reforma, en el católico, por el contrario tuvo un desarrollo rara vez conocido en la historia. La ar

arquitectura en tierras protestantes fué particularmente civil y la pintura y escultura fueron laicas, con raras excepciones.

3/.- Al llegar aquí, conviene que nos hagamos esta pregunta: ¿Entre los ideales de la edad renacentista y de la barroca existen solución de continuidad? En la historia no suele acontecer fácilmente en ese fenómeno. En términos generales, es cierto que son dos épocas bien diferentes, y todavía más a los ojos de los historiadores del siglo XIX que a los nuestros. Ello es indudable. Tratemos en consecuencia, por un momento, de mirarlas con cara de intención comparativa. Algo hemos visto ya de una y otra época, conviene que veamos algo más, porque del contraste entrambas irá surgiendo algo que nos interesa conocer en relación con el espíritu que informó el nacimiento del barroco.

"El Renacimiento llega -nos dice Huizinga- cuando cambia el tono de la vida, cuando la bajamar de la letal negación de la vida cede a una nueva pleamar y sopla una fuerte y fresca brisa; llega cuando madura en los espíritus la alegre certidumbre -¿acaso ilusión?- de que había venido el tiempo de reconquistar todas las magnificencias del mundo antiguo, en las cuales se venía contemplando largo tiempo el propio reflejo". En estas palabras que acabo de citar se perfila bastante bien el espíritu renacentista en lo que tienen de más señero. Por consiguiente, el Renacimiento fué algo así como una vuelta a la juventud y una afirmación de los valores vitales y terrenales. Un gozarse el hombre en sí mismo y en el mundo y, al mismo tiempo, la creencia más ilusoria que real, de que el mundo antiguo resucitaba de nuevo sobre la tierra italiana. En efecto, y en resumidas cuentas, supone el Renacimiento una renovación efectiva del tiempo histórico. Es un tiempo nuevo efectivamente. Abundando en este concepto, Berenson nos dice en su primer libro: Pintores venecianos, que "es el Renacimiento un hecho más impor-

tante como símbolo que como acontecimiento histórico. Historiamente puede ser considerado esa época como un tiempo de gloria o de vergüenza, según la opinión que se tenga de la historia de los últimos cinco siglos de Europa. Si se le toma como símbolo, el Renacimiento es el tiempo de la juventud, de la juventud pura, la imagen de la curiosidad y de la energía plástica a la que se cree poder dar forma". Yo diría, por parecerme más exacto, que el Renacimiento es eso, efectivamente, como símbolo, pero además es realidad verdadera, histórica, pues, prescindiendo de las luchas cruentas en la Italia de esa época, en las figuras renacentistas se encarnan esas virtudes que señala el crítico judío-estadounidense.

Dice algo más Berenson, que en este momento nos interesa recoger. Halla en el Renacimiento una especie de anticipación o aurora de nuestro tiempo. Porque dice y me parece pertinente hacer la cita íntegra: "Cada generación humana posee una simpatía instintiva por una determinada época histórica, en la que se imagina ver algunos rasgos de sí misma". "Desde hace tiempo debemos a la ciencia revelaciones y poderes bastantes considerables, pero semejantes revelaciones y poderes no son nada si se tiene en cuenta - sus ~~poderes~~ de promesas de un perpetuo enriquecimiento y de una juventud sin fin. Esta fe en la ciencia y en la fertilidad del esfuerzo alumbra naturalmente nuestra simpatía por el Renacimiento. Los problemas de nuestro tiempo no son tan fáciles de resolver (y tanto;... pensamos nosotros), y es menos fácil nuestra tarea (se va ya haciendo propia de titanes y va rebasando, a medida que corre el tiempo, al parecer, de la medida del hombre actual), - porque nuestra visión es más vasta; pero el espíritu que nos anima ha sido anticipado, y más que anticipado, por el Renacimiento. Aquella edad parece el bosquejo de la nuestra". Tengan en cuenta, ante esta especie de optimismo y tácita fé en el progreso, que lo citado fué escrito en los últimos a-

ños del siglo XIX, cuando Berenson era joven y creía en muchas cosas en las que hoy tal vez no crea. Los sucesos históricos posteriores no invitan a ninguna postura a lo Dr. Panglos.

Ahora bien; si nos limitamos a centrar el caracter de una época, en sus conexiones con el cultivo de la ciencia cosa impropia en el caso renacentista, haya que admitir, en efecto, que en el Renacimiento comenzó a formularse el sentido de la ciencia moderna y sus métodos. Bastaría acaso con citar a Leonardo de Vinci, porque en él se ve un como bosquejo anticipado del actual hombre de ciencia. Pero, sin embargo, conviene no olvidarnos que Leonardo no influyó en ninguna forma en el desarrollo ulterior de la ciencia positivas y sus métodos, porque sus estudios los hizo para él mismo y no se conocieron hasta 1797 y ello de una manera harto incompleta. El verdadero conocimiento de sus trabajos científicos no se alcanzó, en verdad, hasta las dos últimas décadas del siglo XIX. Ya era tarde para que influyeran. De todos modos, es ese grande hombre, típico renacentista, simbolo de ese primer hervor de la ciencia moderna que apareció en las postrimerías de siglo XV y comienzos del XVI. Descontado Vinci, el resto de los renacentistas, hasta la aparición de Galileo, de científicos solo tuvieron la curiosidad, el deseo de conocer los secretos de la naturaleza, lo cual fué consecuencia de una constante atracción hacia lo cual se han llamado conocimientos positivos que coincidió con las nuevas necesidades y los nuevos conceptos en las artes del diseño. En las obras de los cuatrocentistas se hace patente ese deseo. En este sentido, si puede hallarse algún enlace entre Renacimiento y la época moderna. (1)

Alambicando un poco, pudiéramos ver otro género de semejanzas: ambas son épocas de crisis; momentos en que el hombre, luego de haberse asentado en la seguridad de si mismo, comienza a vacilar, y aún más que vacilar en esa fé; horas en las que siente que sus ideales se vacian, y pierden su

(1) En realidad fué Descartes quien abrió el camino a la ciencia.

efectividad en la acción, y se tornan espectrales y en las que la angustia, y el dolor lleman los cagilones de las almas más selectas, y aún las de la multitud. Epocas, en fin, de inseguridad, de incertidumbre, de suelo móvedizo, y de transición por excelencia.

¶ Pero nosotros, sea dicho como réplica actual al juvenil optimismo berensoniano, ya no sentimos que sople en los campos del mundo actual aquellas brisas frescas y reconfortantes, del primer Renacimiento y la misma devoción por la ciencia pura, que tanto conmoviera al gran crítico, ha ido — perdiendo terreno. El individuo moderno, en contrariò del "uomo universale" del Renacimiento, va sumiéndose más y más en la masa, en la colectividad y la especialidad, sacrificando sus complejos dones a ese nuevo dios Moloch, en cuyo fúnebre altar se le obliga a quemar la riqueza de su alma. No nos queda — la verdad es esa — ninguna de las grandes y juveniles ilusiones renacentistas, maravillosos resortes de vida; y, entre tanto, ha envejecido el mundo y se siente por todas partes aires de caducidad.

Algo de eso, aun mucho, sucedió también al declinar la pulsación del mundo.

Al llegar la Edad Media a sus postrimerías, apareció en Italia una nueva primavera. Como dice Ernst Curtius, fué "una primavera nueva del espíritu en el otoño de la Edad Media". Y en ninguna parte, como es sabido, se refleja mejor ese magno acontecimiento como en las artes. Aun en sus horas de refinamiento y madurez, nos dejan frecuentemente la impresión de lozanía y perpetua juventud. En arquitectura, ¿quien que se haya paseado unos momentos en los "cortiles" florentinos del cuatrocientos, en sus pérticos, no ha sentido de sus gentiles y armoniosas piedras fluir una como corriente o alacre efluvio primaveral, un alegre y comedido ímpetu juvenil, un gracioso optimismo, que es confianza en el poder del hombre, ante la vida lo mismo que nos acontece en presencia del aquel singular guerrero casi a-

dolescente, que es el San Jorge de Donatello?

Y, sin embargo, el siglo XV italiano fué en lo político un rudo y feroz siglo, y lo mismo el XVI, que no parecen estar en armonía con el refinamiento de sus artes. Por una paradoja, que ciertamente no es única en la historia, junto a tanta ferocidad y turbias pasiones, que no respetaron nada, ni las ataduras de los preceptos cristianos, frente a tanta dureza y crueldad, a tanta y tanta violencia sin escrúpulos, se levantó, para gloria de ese siglo, ese riquísimo espíritu que vemos reflejado en las obras de los artifices quattrocentistas italianos y movía a las almas selectas de aquella edad, sumergidas en trágico destino histórico. Y, precisamente, no es menester decirlo, ese alto y exquisito ideal es para nosotros del renacimiento, lo que hoy más amamos: Es más: ese ideal es para nosotros el Renacimiento mismo, aunque el historiador pueda poner no pocos reparos a esta afirmación.

El contraste entre el refinamiento artístico y la turbulencia y crueldad política y social es violentísimo; pero así fue esa época que llamamos Renacimiento: máxima gracia, lo repetimos, en lo artístico e intelectual; puro desastre en lo político y con frecuencia en lo ético también.

4°.- Recuerden ahora que la otra noche hablamos de una especie de paganización de la Italia del siglo XV y de las primeras décadas del XVI, la cual llegó hasta el recinto de la iglesia misma. Ranke, como otros historiadores del siglo XIX, sostuvieron que en tal época se había descristianizado Italia. Ahí estuvo, según se piensa comúnmente, el origen del movimiento protestante. Sin esperar a que se produjera ese movimiento en Alemania, sabido es que Savonarola hubo de hacer la misma afirmación. Revolviose contra el arte, contra el lujo, contra la vida placentera de los próceres, tanto eclesiásticos como seculares y contra el mismo papa Borgia, lo cual le valió,

injustamente e ignominiosamente; acabar sus días en la hoguera. En realidad se alzó el gran fanático, el prodigioso orador de tipo profético, contra el espíritu propiamente renacentista. Fué su primer negador en el corazón mismo del Renacimiento. Lugo vendrán otros; y tanto los fanáticos protestantes como los fanáticos contrarreformistas trataron de arrancar de cuajo ese espíritu.

Pero el espíritu renacentista y su secuela el humanismo parecen que tienen una vida perdurable y, aunque sufran eclipses en estos o los otros momentos, acaban renaciendo en otras formas, pues representan algo que es permanente en toda comunidad de cultura superior. Hoy mismo en las horas afflictivas, surgen de todas partes del mundo culto voces que llaman a la vida a un nuevo humanismo, frente a la invasora barbarie que nos está atropellando en todas partes y amenaza con aniquilar los más altos valores espirituales. Una ola de resentimiento feroz surge de los bajos fondos del mundo actual y amenaza con apagar todas las antorchas. Complácese ese resentimiento nefítico en invertir la tabla de los valores y ya están en tantos lugares apareciendo los ínfimos como primeros.

Perdón por haberme desviado brevemente de nuestro tema. Vuelvo a él.

La paganización del Renacimiento no fué, según pretenden historiadores de nuestro tiempo, tan profundo como se dijo, sino más bien aparente. En punto de religión, acaso pudiera decirse que entonces la procesión iba por dentro. No se admite en nuestro tiempo con tanta facilidad como en siglo XIX que la incredulidad, la heterodoxia, la negación sincera de los dogmas y de la ética del cristianismo hubiera clalado tan hondo en las almas italianas renacentistas.

Pondremos, en breve esquema, en contraste las dos opiniones, la

antigua y la moderna a ese respecto. Nos serviremos a ese fin de Ranke y de Huizinga.

"Era de buen tono -dos decía el primero- en la alta sociedad discutir los fundamentos de cristianismo. No se pasaba por hombre distinguido, dice el P. Antonio Bodino, sino se tenía opiniones absurdas sobre el cristianismo. En la Corte (en la pontificia) se hablaba todavía en broma de los principios de la Iglesia católica y de los pasajes de las Sagradas Escrituras, y se sentía menosprecio por los misterios". Aunque ciertas apariencias parecen dar la razón a Ranke, en el fondo, en todo esto había más frivolidad mundana y moda -nuestra época sabe mucho de actitudes de esta clase- que verdadera hondura y sentimiento. Todavía, varios años más tarde que Ranke, Jacobo Burckhardt, fundador de la historia de la cultura y gran maestro en cuestiones italianas renacentistas, como Uds. saben, sostenía que "en Italia del Renacimiento, la religión, salvo tal vez como superstición, solo sigue viviendo, esencialmente, en forma de arte". Iba aún más lejos, como se ve, Burckhardt, que Ranke.

Huizinga atribuye precisamente a Burckhardt la consolidación y persistencia de ese concepto histórico de la paganización de la Italia del Renacimiento. Refiriéndose, pues, a lo que él llama El problema del Renacimiento, declara y sostiene que "antes de esclarecer las relaciones entre el Renacimiento y la Reforma fué necesario corregir un error importante que se había deslizado en la imagen usual de la época renacentista: la idea de su carácter pagano o, por lo menos, indiferente en materia religiosa. No cabe duda de que Burckhardt contribuyó poderosamente en dar pábulo a esa idea al prestar atención especial a las veleidades paganas de los humanistas. Por lo demás, al hacer tanto hincapié en la soberanía espiritual y en el sentido predominantemente mundano del hombre del Renacimiento, daba ya a -

entender que éste no podía pensar como auténtico cristiano. ¿Y acaso los escritos de los humanistas, desde Poggio a Valla, hasta el propio Erasmo, no rezumaban sarcasmos contra la Iglesia y los frailes en todos los matices posibles, escepticismo y arrogante superioridad?" Así era, en efecto, pero de ahí a deducir la descristianización de Italia en el Renacimiento ya mucho trecho. Se fué en este punto harto lejos.

Rebatiendo esa tesis, nos advierte el citado historiador moderno: "..... Debemos ser cautos y no dejarnos llevar de algunos rasgos desarcasmo y frivolidad hasta el punto de caracterizar el Renacimiento como un movimiento acristiano. Además, aquellos humanistas impíos, o que se las daban de tales, no son, ni mucho menos, todo el Renacimiento. Si su indiferentismo - reflejase realmente la pura esencia y la verdadera imagen del Renacimiento, ¿a dónde iría a parar la concepción de este fenómeno cultural como una unidad armónica? "Y luego añade, poniendo en su verdadero plano el problema: "Por muchos hilos de clasicismo (quiere decir humanismo) y espíritu mundano que se encuentren en su trama, no cabe duda de que el contenido y la materia del Renacimiento fueron, y siguieron siendo hasta el final, predominantemente cristianos, tan cristianos como lo habían sido antes de él el arte medieval y como habría de serlo después el arte de la Contrarreforma."

Es probable que a algunas personas educadas en la escuela antigua suene esta afirmación, no ya paradoja, sino un verdadero error histórico. Pero, como aquí no se trata de credos políticos y religiosos más o menos simplistas que andan revuletos con la historia, no hay sino repasar (la observación puede aplicarse a las otras disciplinas, claro está), las obras artísticas del Renacimiento, tanto en pintura, como en escultura y arquitectura, y entonces se llegará, si se hace un examen sincero y objetivo, exento de prejuicios, a la misma conclusión que Huizinga; y no valdrá ya decir que

buena parte de los temas son, en efecto, cristianos, pero que el cuerpo o la carne artística con que se les reviste es pagana. Claro está que el Renacimiento no tiene por ejemplo, la misma concepción de la "madona" que la edad Media, la del siglo XIII, v.gr., y lo mismo sucede entre la corporeidad de las representaciones originales del siglo XII y las del XIV, por ejemplo; pero todas ellas, renacentistas o medievales, están unidas de un claro y evidente sentimiento cristiano; son inconfundibles con las divas del paganismo. ¿Por qué ha de ser una Virgen de Rafael, a quien atribuye Berenson alma de imperturbable pagano, menos cristiana que la imagen gótica de Notre Dame de Paris o de Chartres?

El desarrollo puntual de este tema nos exigiría mucho tiempo y nuestro curso no lo tienen por objeto. Demos de nuevo voz a Huizinga, es muy interesante oírlo: "Ya podemos fijarnos -sigue diciendo- en el románico o en el gótico, en los sieneses, en Leonardo o en Rafael, en el Veronés o en Guido Reni; hasta llegar de pleno al barroco, veremos que el arte se inspira siempre y en todas sus manifestaciones en el fin religioso y labora sobre temas religiosos". Si bien para ello no hace falta conocerla muy a fondo; Nada más cierto para el que conoce la historia del arte. "Todo el mundo admite que el arte medieval surgió de los más profundos sentimientos piadosos. Nadie duda tampoco de la severa piedad que inspiró a quienes se dejaron inflamar de nuevo por el catolicismo depurado del concilio de Trento (Época barroca). ¿Por qué el verdadero arte del Renacimiento -añade Huizinga-, enclavado entre los dos, (el gótico y el barroco) ha de ser considerado en gran parte -salvo casos excepcionales- como una arte de afectada devoción y simplemente decorativo? ¿No sería tanto como sostener que el florecimiento de las artes brotó de la más pobre de las inspiraciones? ¿No resultaría demasiado ininteligible por este camino el Renacimiento?" Por este o a-

quel brote de paganismo e incredulidad no puede, en efecto, caracterizarse, como se hizo en un tiempo, toda una época tan rica, tan varia, tan eminentemente compleja, y aun contradictoria, como fué la renacentista. Reducida a paganismo o mejor dicho a pura y simple sensualidad, a puro goce de los valores sensuales de la vida, a la doctrina epicurea, y a incredulidad más o menos racionalista, el Renacimiento se quedaría, por decirlo así, en los huesos; se le habría despojado no solo de la riqueza de su carne y de su sangre, de su ser orgánico, sino también de la rica variedad de su espíritu, de su bien matizada complejidad. Hay pues, mucho más que pura y simple paganía en esa edad.

En los nuevos estudios iniciados principalmente en nuestro siglo, sobre el Renacimiento, la Reforma y la Contrarreforma, que han venido a rectificar en parte a los del siglo XIX, en virtud de una análisis más fino, más abundante documentación y mayor objetividad en el estudio de los hechos y los pensamientos históricos, ya no se ve el Renacimiento como una antítesis radical de la Edad Media, porque tanto ésta como aquél presentan vetas que les son comunes y ya no se les considera como un todo compacto y sin variaciones. A esa antítesis desechada responde, pues, el criterio que juzga al Renacimiento como edad pagana frente a la Edad Media austera y religiosa o a la era del Barroco. De que esta concepción antitética y simplista, de las dos épocas no exacta, lo mismo que el situar las tinieblas a un lado (lo medieval) y las luces a otro (lo renacentista), ya no puede caber duda a la historiografía moderna. Pero todavía se sostiene entre gentes cuya información y pensamiento son tan superficiales como atrasados. "En rigor -oigamos de nuevo a Huizinga-, esto fué viéndose más claro al ir enfocando por separado las distintas figuras renacentistas, dejando a un lado momentáneamente aquella idea general del carácter pagano del Renacimiento. Se vió así --

que el paganismo era, simplemente, la máscara que se ponían los hombres de la época cuando querían darse aires de superioridad. En las capas más profundas de la personalidad, la mayoría de aquellos hombres de la época—cuando seguían conservando intacta la fe. La piedad heroica de un Miguel Ángel podría servir de símbolo de lo que era el corazón del Renacimiento”.

Por lo demás, en las horas de la predicación de Savonarola -1495-1498-, ¿no vemos a artistas como Botticelli inclinarse a la devoción a a Jacobo della Porta convertirse en Fra, Bartolomeo? Si se cita el caso de aquel fraile algo libertino que fué Fra Filippo Lippo, mal fraile y buen pintor, — puede responderse que sus aventuras amorosas contradecían a la ética, pero no su fé, que no fué puesta en duda por nadie y dentro de ella murió, seguramente arrepentido y errabundo que la naturaleza le concedió al nacer.

Además la antítesis entre la Antigüedad y la creencia cristiana, también hay que rechazarla como caracter específico del Renacimiento, o en todo caso; era cuestión de grado. No hubo en general tal antítesis. La devo por la Antigüedad es una de las facetas de la época renacentista, tal como hoy se entiende, pero no excluía o contradecía en verdad la faceta religiosa. “Indudablemente —observa Huizinga—, se había exagerado mucho el elemento pagano de la época renacentista. Ni siquiera en la literatura humanista, único terreno en que creció frondosamente esta planta, llegó a adquirir, ni con mucho, una importancia tan grande como pudiera creerse”. (U se creyó). “Lo que ocurre es que se habían enfocado todos los reflectores sobre las audacias paganas de los humanistas, que no eran con frecuencia más que brabucanadas puestas de moda, dejando en la sombra el vasto fondo de las convicciones cristianas que servían de fundamento a sus obras y que las influencias estoicas no debilitaban en lo más mínimo. Petrarca y Boccaccio se esforzaban todavía en poner a la “ntigüedad totalmente al servicio de la fé (Lo mis

no hizo un siglo más tarde Ficino en su síntesis de cristianismo y platonismo) "Y tampoco entre los que le siguen (a Petrarca o Boccaccio) se advierte, ni mucho menos, ese divorcio entre el entusiasmo por la Antigüedad pagana y el fervor de su fe cristiana que la observación superficial parece mostrar en ellos".

Entre los próceres florentinos, v.gr., ¿quien fué mayor admirador de la Antigüedad que Cosme de Médicis, protector de humanistas, coleccionista de códices greco-romanos, de obras artísticas del mismo. Sin embargo, su devoción no puede negarse. Restauró por su cuenta el convento dominicano de San Marcos de Florencia, haciéndolo ilustrar por las exquisitas pinturas murales de Fra Andando Angélico, el tiempo, pertenecería a él Savonarola. Hoy está convertido en museo. Y a ese convento se retiraba el poderoso Cosme, político astuto, y banquero apasionado del poder, a hacer sus ejercicios espirituales en los días de cuaresma y Semana Santa y en otras ocasiones. Costeó las obras de San Lorenzo y el Espíritu Santo, de Brunelleschi, Razonando sobre los fenómenos naturales, a la par que establecía el método experimental, declaraba Leonardo de Vinci, que es prototipo renacentista: "No tocaré a la Escritura que es la suprema verdad...." Su fe en la inmortalidad del alma no puede ponerse en duda. "El alma -escribía en uno de sus cuadernos- no puede corromperse en la corrupción del cuerpo; obra a la manera del viento en el órgano; si la envoltura se estropea, para el alma no resulta efecto alguno". Su espiritualismo llega al extremo cuando dice que "el alma es el autor del cuerpo". Ante la naturaleza, él que la investigaba con ahínco, siente una emoción que no deja de tener acento religioso y que es parecida a la de San Francisco de Asís, siendo como era, un hombre de estructura espiritual tan diversa de la del Poverello. Está lejos del agnosticismo científico, -- porque para él, el conocimiento que tanto ama, es el camino que conduce al

amor de Dios.

El estudio de la naturaleza -dejó escrito- es "el medio de conocer al Creador de tantas maravillas y la verdadera manera de amar a su inventor". De modo que por la ciencia se llega a Dios, y si Leonardo se afana en el estudio de las cosas naturales es porque en ese estudio le guía un sentimiento místico. Anticipáse de este modo al pensamiento de Leibnitz. — "Si tú no conoces a Dios -decíase a sí mismo- no podrías amarle; si le amas por el bien que de él esperas y no por su soberana virtud, te pareces al perro que meneas la cola y da brincos ante quien le va a dar un hueso".

¿Se quiere un pensamiento de índole más puramente religiosa?

Al dar comienzo a sus estudios de óptica exclama: ¡Plazca al Señor luz de todas las cosas, que yo trate dignamente a la Luz"! El acento religioso es evidente. Y lo mismo dice al comenzar a exponer sus estudios anatómicos: ¡Plazca a Nuestro Creador que yo demuestre bien la naturaleza del hombre y sus facultades! Podríamos decir arquetipo, a este renacentista puro, no se ha desligado en lo religioso del fervor medieval. Como una magnífica jaculatoria suenan estas bellas palabras suyas: "Té bendigo, Señor, primero, por el amor que según mi razón te debo; luego, por que sabes abreviar la vida de los hombres; y, en fin, porque les vendes todos los bienes, al precio del esfuerzo".

En contrario a los místicos que se adentran en sí mismos y no miran al mundo exterior, Leonardo, mira hacia afuera y halla en la naturaleza la presencia de la Divinidad, traducida en la hermosura de aquella. Y en tal forma que, gracias a esa hermosura, el alma no abomina de la prisión corporal. "La belleza del Universo -decía hace permanecer al alma en la prisión del cuerpo sin demasiada pena. El sol resplandece solo para ofrecer al ojo del hombre la belleza universalmente expandida". El sentido de la vista, que

se considera con razón maravilla de maravillas, le lleva nuevamente a Dios, y le hace entonar en prosa esta especie de himno o bellísima oración: ¡Oh, su preexcelencia de todas las cosas creadas por Dios, ¿cómo alabarte, como expresar tu nobleza? ¿Qué genio, que lenguaje, podría describir tu verdadera operación, ojo, ventana del cuerpo humano, por la que el alma goza de la belleza del mundo y se consuela así de su esclavitud (que sin esa belleza se convertiría en tormento)?

"Vinci, pes, en contrario a tantos místicos cristianos, no temía las seducciones de la naturaleza, pues por ellas sabía remontarse al Creador de tantas y tantas y de tan singular hermosura.

Analizando el espíritu y el pensamiento de los hombres representativos de la época, por caminos como estos, los historiadores modernos, como queda insinuado, han llegado, o han intentado llegar, a una nueva visión del Renacimiento. No es ésta simple, como antes, porque tampoco la época lo fué, y por eso es erróneo tratar de definirla con una sola expresión verbal o única fórmula. Paganismo hubo en ella. Cristianismo también. Se gozó de la vida y hubo dolor y arrepentimiento. La Edad Media no feneció al llegar a sus umbrales. Es una época de transición y, como tal, bastante tornasolada en su imagen. "Virajes y oscilaciones -advierde Huizinga-, transiciones y mezclas de elementos culturales: así es la imagen del Renacimiento".

Hemos llegado al fin de nuestra V lección y todavía nos falta considerar algunos puntos en el campo puramente histórico. En la Próxima veremos como la Iglesia reaccionó en la segunda mitad del siglo XVI y contra el espíritu renacentista, y como en el siglo XVII volvió a la comprensión del humanismo. Tras ello podremos entrar ya de lleno en el análisis del barroco arquitectural, pura y simplemente como estilo artístico.

Muchas gracias.